

DEBE LA MISMA IGLESIA INCULTURARSE?

Jaime Vélez Correa

Sacerdote Jesuita. Doctor en Filosofía, Licenciado en Teología y Ciencias de la Educación. Secretario Ejecutivo del SEPAC y SENOC del CELAM, Colombiano

Nos proponemos afrontar un tema poco tratado, al menos directamente, en la siguiente forma: primero planteamos el problema; en segundo lugar precisamos términos que nos lleven a la endoculturación para entender la inculturación de la Iglesia; en tercer lugar mostramos que una eclesiología integral es la clave de respuesta al interrogante; concluimos mostrando que la Nueva Evangelización, como la entiende Santo Domingo, consiste en una *Evangelización inculturada* que es clave de la inculturación de la Iglesia.

La importancia del tema propuesto se podrá entender a lo largo del discurso presente pues no sólo se refiere a una cuestión doctrinal de gran importancia, cual es la eclesiología, sino además, a la praxis que da sentido a la misma evangelización.

1. EL PROBLEMA DE LA INCULTURACION DE LA IGLESIA

Varios interrogantes nos ayudan a plantear el problema en su justo significado para poder buscarle respuesta o solución.

a) Ante todo, ya de entrada, nos surge la duda de si la "inculturación del Evangelio" se pueda identificar o confundir con la "inculturación de la Iglesia", pues aquí los genitivos son distintos. El primero es del mensaje y el segundo es del mensajero. Comúnmente se entiende que el evangelizador debe inculturar el Evangelio, es decir, encarnarlo en las culturas destinatarias, traducirlo con las expresiones propias de ellas para hacerlo inteligible, pero no aparece claro que el evangelizador se deba inculturar, es decir, encarnarse él mismo en las culturas que han de ser evangelizadas.

b) El hecho de inculturarse la Iglesia nos lleva a preguntarnos si ello no afecta a *la universalidad y la unidad* de la misma, pues dicha inculturación parecería convertir a las comunidades eclesiales en diferentes culturas con lo cual la Iglesia perdería su identidad y su misma unidad, ya que su totalidad vendría a ser un archipiélago de tantas islas cuantas culturas son sujeto de esa encarnación. Problema que nos llevaría a cuestionar la unidad intrínseca de la Iglesia pues sólo se reduciría a unidad procedente de la autoridad doctrinal, que sería solamente extrínseca.

c) Lo anterior nos lleva a preguntarnos, dado que el Evangelio se debe inculturar o hacer vida cultural en distintos tipos de cultura, si más bien el sembrador o *el evangelizador debería quedar neutro, o sea, no inculturarse*, para poder hacer la inculturación en distintas culturas.

d) La secuencia de los anteriores interrogantes nos lleva a preguntarnos *si el testimonio del evangelizador es algo o extrínseco o intrínseco a la evangelización*. De lo primero se seguiría que la inculturación de la Iglesia es adjetiva a la evangelización, y de lo segundo que es intrínseca exigencia pues fluye de la esencia de la misión eclesial, en tal forma que si no hay testimonio de vida, la evangelización se frustraría.

e) Esa inculturación de la Iglesia, entendida ésta como sujeto a ser evangelizado inculturándose, nos lleva a precisar en qué sentido

se hace la "endoculturación" o educación de la fe, y por tanto, la maduración en la fe se convierte en tarea que se ha de ir realizando paralelamente con la maduración en una cultura verdaderamente humanizante.

f) Finalmente, surge la duda de si la problemática así planteada no se queda en el campo teórico y deja de lado la *práctica* como algo accidental en la evangelización, lo que sería absurdo pues la evangelización es la praxis misma de la misión de la Iglesia, de su razón de ser. Pero tampoco la praxis puede prescindir la doctrina pues sería ciega, como a su vez, la teoría sin la praxis sería inocua, no tocaría a la vida misma. En otras palabras, nuestro problema debe hacer la síntesis entre ortodoxia y ortopraxis, y por tanto, nuestro discurso no puede prescindir ni de la una ni de la otra; más aún, como se verá, la una implica necesariamente la otra.

2. LA INCULTURACION DEL EVANGELIO COMO ENDOCULTURACION DE LA IGLESIA

En este apartado no pretendemos dar aún la respuesta al problema antes formulado en aquellos interrogantes; se trata de un paso previo que precisa los conceptos con que se responde en la tercera parte al interrogante.

El número de la Revista "Medellín" en el que se publica el presente artículo nos ahorra el trabajo de discutir los diversos sentidos de cultura, inculturación, aculturación, transculturación y endoculturación. Sin embargo, para nuestra temática es preciso clarificar en qué sentido asumimos aquellos que vamos a manejar, a saber, "inculturación" y "endoculturación", respetando los significados que otros autores le den. No vamos a quedarnos en estériles polémicas sobre términos, y con ello suscitar cuestiones de la baja escolástica; más que sobre las palabras mismas, debemos discutir sobre los conceptos por ellas expresados y que cada autor, con razones, les da. Precisar conceptos es plantear rectamente la cuestión y abrir caminos a la solución.

Entendemos por "inculturación", neologismo clave para toda

esta temática, en el sentido asumido por el Magisterio eclesiástico, explicado y ampliado en varias publicaciones del CELAM, y por tanto, aquí nos basta con dar una apretada síntesis. Ante todo se ha de clarificar qué se entiende por cultura.

Con el Vaticano II, *Evangelii Nuntiandi* y Puebla, por "cultura" entendemos "el modo o estilo común de vida de un grupo social" y que refleja las relaciones de sus miembros con la naturaleza, con ellos mismos entre sí y con Dios. Obviamente ello implica que étnica y sociológicamente se den múltiples modos de vida y por tanto, diversas culturas. Habiendo el Señor Jesús encomendado a su Iglesia la tarea de evangelizar a todos los pueblos, hoy se traduce el texto por *evangelizar a todas las culturas*, y por tanto, "encarnar en ellas el Evangelio" lo que significa "inculturarlo en ellas".

Ahora bien, la cultura puede considerarse "objetivamente" como el conjunto de expresiones con que se objetivan o plasman aquellos modos de vida; por tanto, si la evangelización ha de alcanzar dichas manifestaciones ha de infundir en esos productos el Evangelio. Este sentido objetivo de la cultura no sólo incluye las instituciones y estructuras con que se organiza cada sociedad sino también las ciencias positivas, las artes y las tecnologías con que el hombre transforma la naturaleza. Ahora bien, para que una evangelización alcance esas manifestaciones ha de tocar el núcleo mismo de la cultura, el interior de los hombres de donde proceden dichas manifestaciones. Es decir ha de alcanzar a la cultura en su sentido subjetivo.

En efecto, la cultura considerada "subjetivamente", es aquella actitud de conciencia colectiva con la cual el grupo aprecia, prefiere y elige unos valores que motivan un modo de vida distinto de el de otros grupos. Por su parte, el Vaticano II (GS. 53) entiende esa cultura subjetiva como la actitud con que se afinan y perfeccionan las cualidades del hombre, y en la que se implica la conciencia colectiva (la cultura es de un grupo social) con que se discernen los valores humanistas, es decir, los que perfeccionan al ser humano. Esta actitud, como bien señala Dom Antonio do Carmo Cheuiche¹, hunde sus raíces en las dos dimensiones de la cultura que la impulsan a superarse, pues no se queda guardando la memoria del pasado

¹ Cfr. A. C. CHEUICHE, *Evangelización y adveniente cultura, Serie Fe y Cultura*, CELAM, Bogotá 1988.

sino que se proyecta al futuro. En esta conjunción de pasado y futuro, núcleo subjetivo de la cultura, reside la nota distintiva del hombre (ser cultural) con respecto al animal (ser inmerso en la naturaleza). Por la cultura el hombre no se deja absorber de la naturaleza como el animal (instintivamente encerrado en ella) sino que la objetiviza o concibe como objeto mediante las ciencias, y la trasciende dominándola no arbitrariamente sino obedeciendo a sus leyes para combinarlas y hacerlas avanzar. La flecha del progreso traza la trayectoria de la historia de la cultura, que si no es humanizante se vuelve anticultura.

Por consiguiente, si la evangelización no penetra en esa profunda interioridad de la cultura, no pasa de ser un "barniz superficial" como ya advertía Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*. Así fue la práctica del prototipo del Evangelizador, el Señor Jesús, que se encarnó en la cultura judía; así sus discípulos, así Pablo y los misioneros en Europa, África, Asia y nuestra América. Aunque el término *inculturación* sea nuevo, el hecho es de data evangélica. Hoy la Iglesia lo ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Por eso la *evangelización de la cultura*, primer paso hacia la inculturación, según Pablo VI, va encaminada a solucionar esa ruptura entre fe y cultura. Por lo mismo Puebla (388 ss.) insiste en que la evangelización debe alcanzar la raíz de la cultura, llegar al hombre en su totalidad, renovar y transformar la cultura, encarnar la fe en ella, consolidar y fortalecer el crecimiento de los valores, transvasar el mensaje evangélico al lenguaje antropológico, purificar los desvalores y criticar las ideologías o valores relativos asumidos como absolutos y leer los signos de los tiempos.

Con el anterior bagaje conceptual necesariamente se tenía que llegar a la formulación explícita de la "inculturación". Ya en el inicio de su Pontificado, Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae* (n.53) asocia el neologismo "inculturación" al concepto de "encarnación", para que el Evangelio llegue al mismo corazón de las culturas. Así como el Verbo se hace hombre, análogamente el Evangelio debe hacerse cultura. Se trata, como explicaba al instituir el Pontificio Consejo para la cultura (mayo de 1982) de lograr, "una síntesis entre cultura y fe (que) no es sólo una demanda de la cultura, sino también de la fe. Una fe (concluía) que no se hace cultura es una fe que no ha sido totalmente recibida ni plenamente pensada ni completamente vivida".

Aclarado el concepto de inculturación, nos queda por precisar el concepto de "endoculturación", empleado por la antropología en el sentido de el método con que se introduce en la cultura al miembro nacido en ella, para que asuma conscientemente los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida; o sea, para que se incorpore racionalmente a la conciencia colectiva, núcleo de la cultura.

En consecuencia, pedir que toda la Iglesia (no sólo los evangelizados sino previamente los evangelizadores) se endoculture significa que su evangelización debe lograr una vivencia de fe madura en todos sus miembros de tal manera que ellos, con su específico modo de vivir, se incorporen en ese "sensus fidei" de la comunidad cristiana, de acuerdo a la índole de cada cultura. La endoculturación, sería pues, el modo como se incultura la fe en la misma Iglesia para que se viva la fe a plenitud, juzgando, valorando, prefiriendo, pensando, inspirándose y asumiendo una vida común de creyentes en Cristo. Con ello se entiende la parte siguiente que nos muestra la vinculación de la temática sobre la inculturación con la manera de concebir la Iglesia.

3. UNA ECLESIOLOGIA INTEGRAL, CLAVE DE SOLUCION AL PROBLEMA

Llegamos al núcleo de nuestro discurso pues se trata de mostrar que la concepción de Iglesia incide en la respuesta que vamos a dar a los interrogantes sobre inculturación, enunciados al principio.

Para dar respuesta al drama de aquella ruptura entre fe y cultura, entre creencia y vida, agudizado hoy más que nunca y que radica en la vinculación entre teoría y praxis, *el Vaticano II intuyó que se debía reflexionar sobre la eclesiología*. Un Concilio que se orientaba por la pastoral considera capital una reflexión sobre su ser mismo de Iglesia. Es decir, para precisar qué era evangelizar y cómo la Iglesia debía hacerlo, tenía que reconsiderarse a sí misma, poner en claro cuál era su constitución. De ahí que la *Lumen Gentium* sea

la clave y punto de partida para la *Gaudium et Spes*. A partir de ahí la Iglesia en Medellín, Puebla y Santo Domingo seguirá profundizando y ampliando la concepción de sí misma, y que nos atrevemos a resumir.

Miguel Angel Keller, resume las características de las mencionadas eclesiologías². Así los rasgos del modelo de Iglesia, según el *Vaticano II*, serían: Iglesia comunión, Pueblo de Dios, sacramento de salvación, al servicio del Reino de Dios en el mundo y cuya principal manifestación es la Iglesia local. Para *Medellín*, la Iglesia aparece signada como profética o comprometida con el proceso de liberación, martirial o pobre, sufriente, y en comunión reconciliadora. Estos modelos orientan a *Puebla* a optar por una Iglesia sacramento de comunión, servidora, misionera, evangelizada y evangelizadora y constructora de una nueva sociedad. Finalmente, para *Santo Domingo* una Iglesia cara a la Nueva Evangelización se tipifica por su santidad, en comunidades eclesiales vivas y dinámicas, en unidad de espíritu y con diversidad de ministerios y carismas, y para anunciar el Reino a todos, preferencialmente a los pobres.

De esta rica y variada gama de características, que especifican el modelo de Iglesia y que, sin contradecirse, enfatizan ciertos rasgos exigidos por circunstancias coyunturales, observamos que *todos ellos justamente convergen en la modalidad de una Iglesia que debe inculturarse*. De ello se deduce una eclesiología de síntesis integral, solución al problema planteado, pues para que sea eficazmente evangelizadora debe ser evangelizada, como pasamos a demostrarlo.

En efecto, el *Concilio Vaticano II* superó el modelo de Iglesia institucional en la cual una parte era exclusivamente evangelizadora frente a la otra exclusivamente evangelizada y en la que todo el énfasis se hacía en el aspecto doctrinal de la evangelización. El Concilio, sin negar la índole jerárquica, nos presenta una Iglesia, Pueblo de Dios, Sacramento de salvación por la comunión en servicio del Reino. *Medellín* a su vez, con la preocupación por la injusticia sufrida por el Pueblo de Dios, lee la comunión en clave de reconciliación y su misión profética en clave de compromiso con el proceso de liberación que le exige ser Iglesia martirial, pobre y

² Cfr. M. A. KELLER, *La nueva evangelización y la eclesiología reciente*, Medellín 77 (1994) 5-15.

sufrida. *Puebla* ratificando esas líneas insiste en una Iglesia sacramento de comunión y participación, servidora, misionera y constructora de nueva sociedad, pero que para ser evangelizadora ha de ser antes evangelizada. *Santo Domingo* compendia esa rica concepción eclesiológica en clave de Nueva Evangelización, insuflando el espíritu de santidad plasmado en comunidades eclesiales vivas y dinámicas, con unidad de espíritu y diversidad de ministerios y carismas, pero que no es evangelizadora si no es evangelizada, o sea, si no asume en sí la realización del Reino.

No se necesitan sutiles argucias y largas disquisiciones para captar en la anterior síntesis una continuidad de pensamiento que, lejos de presentar eclesiológicas contrarias, desde el *Vaticano II* se va enriqueciendo con énfasis de matices convergentes hacia una concepción de Iglesia que haga viva en sí misma la verdad salvadora en Cristo y así los comportamientos de sus miembros y las estructuras que los unen entre sí, serán coherentes hasta configurar desde sus raíces, una cultura cristiana, donde el mensaje evangélico, al decir de Juan Pablo II (Disc. inaugural de Santo Domingo, n.20), penetra en la conciencia de las personas y se proyecta en el *ethos* de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras.

Retomando en su conjunto las ideas podemos deducir que "Iglesia evangelizada" equivale a "Iglesia inculturada o endoculturada" y que es, ni más ni menos, la que realiza la cultura cristiana. Ahora bien, como toda cultura, la cristiana en su sentido objetivo o manifestaciones, presupone como fuente de éstas, la interioridad concienical colectiva de comunidad, que sería su aspecto subjetivo con la cual discierne los valores humano-cristianos. De ahí que debamos explicar el sentido y contenido de esa fe vivida por la comunidad inculturada. Para ello, con Gustavo Baena, s.j., señalamos los "fundamentos bíblicos de la inculturación del Evangelio"³, donde el biblista y teólogo demuestra que para la Iglesia la inculturación es el proceso en el que se discierne a Dios y Jesucristo vivientes en cada hombre para hacerle consciente la verdad salvadora que se ha de traducir en comportamientos y estructuras culturales. De lo cual deduce el autor que en la inculturación

³ AA.VV., *Grandes temas de Santo Domingo*, Doc. CELAM, N.132, Santafé de Bogotá 1994, p. 273-318.

subyacen las siguientes verdades que nos aclaran el sentido de la evangelización y por consiguiente, de la misma concepción de Iglesia evangelizada y evangelizadora. En efecto:

a) *El concepto de Dios revelado por Jesucristo* es de un Dios que desde el interior del ser humano va creando al ser humano; por eso, la tarea de Jesús fue enseñarnos a tomar conciencia de que El es nuestro Padre y que de esa manera se realiza el Reino, iniciado por su encarnación y cumplido por su vida, muerte y resurrección.

b) *El Evangelio es la profesión de fe* en Cristo muerto y resucitado para nuestra salvación. *Evangelizar* es hacer vivir ese Reino, no sólo anunciarlo como hecho que implica doctrina, para eliminar "el pecado", entendido con Pablo como aquella raíz interior o codicia que inclina a poseer, dominar y gozar y que nos impide realizarnos como hermanos, hijos de un mismo Padre. *La fe*, fruto de ese Evangelio predicado, es la opción de seguir a Jesús, o sea, de identificarse con El, que se anonadó hasta la obediencia en Cruz (Fil. 2, 6 y ss., que es la más antigua profesión de fe de la Iglesia primitiva). Así, Cristo es la imagen perfecta del hombre obediente a Dios Padre, realización del designio divino en el hombre.

c) *Evangelizar la cultura*, por consiguiente, es alcanzar la conciencia personal y colectiva, raíz de los valores culturales, para en ella sembrar el Evangelio, no como un sobreañadido o una externa adaptación, sino como algo que realiza la esencia creatural de hijo obediente a Dios-Padre. Por tanto, evangelizar la cultura significa "inculturar el Evangelio", lo cual implica también desarraigar aquella codicia pecaminosa, o sea, purificar los desvalores que impiden realizar el Reino.

d) *Jesús evangelizó con su ejemplo de vida y su doctrina* haciendo conscientes a los hombres de ese Dios Padre viviente en el interior para que sus comportamientos fueran coherentes con los valores del Reino. Por otra parte, *con sus milagros Jesús evangeliza* haciendo que la fe en Dios Padre se vincule a su misericordia, o sea mostrándolo como amor tan compasivo de la miseria humana que envía a su Hijo para que nos muestre cómo debemos comportarnos los hermanos de un mismo Padre. La obra de la Iglesia, continuación de la de Jesús, quiere ser eso y así actuó desde el principio, pese a sus deficiencias humanas.

Estos cuatro núcleos de verdades se hacen cultura cuando se conviertan en criterios de juicio que discriminan lo humano de lo inhumano, en valores determinantes que conducen a preferir lo humano porque son de interés y siguen líneas de pensamiento que lógicamente fundamentan la autenticidad del ser humano e inspiran y fomentan el ideal de modelos de vida. Una fe así vivida es la que constituye una Iglesia inculturada o evangelizada.

A esta altura de nuestra exposición, presuponiendo que la esencia o razón de ser de la Iglesia es su misión evangelizadora (SD. 12), podemos deducir que lo sustancial de una concepción de la misma es vivir o profesar esa fe tal y como la diseñó su Fundador.

Justamente Santo Domingo, después de veinticinco años de reflexión eclesial, en el enfoque de sus tres partes, como lo expresan sus correspondientes títulos reformula felizmente esa inculturación de la Iglesia. En efecto, en su primera parte, *Jesucristo, Evangelio del Padre*, enuclea el contenido de la evangelización, explicitada como profesión de fe, es decir, como vivencia de Iglesia evangelizada. También la segunda parte, *Jesucristo, evangelizador viviente en su Iglesia*, en su primer capítulo explicita la constitución de la Iglesia como sacramento de comunión, convocada a la santidad vivida en el Reino que se funda en catequesis de la Palabra, en la celebración de la liturgia, en la religiosidad popular y en la contemplación vinculada al compromiso y se vivencia en comunidades eclesiales vivas y dinámicas (Iglesia particular, parroquia, comunidad eclesial de base y familia), en unidad de Espíritu y en diversidad de ministerios y carismas. En una palabra, Iglesia evangelizada para evangelizar a todos los pueblos.

Esta eclesiología se concreta más para América Latina como misión de Nueva Evangelización por una promoción integral que interpreta los signos de los tiempos como son, derechos humanos, ecología, tierra, empobrecimiento y solidaridad, trabajo, movilidad humana, orden democrático y económico etc.

Culmina esta parte con la cultura cristiana vinculada por Santo Domingo a la "inculturación", que el Papa considera "centro, medio y objetivo de la Nueva Evangelización". Es decir, una Iglesia inculturada (evangelizada) que, realizando la cultura cristiana, evangeliza. Más aún, en ese contexto de inculturación se comprende por qué se pone a Cristo medida de los valores humanos, ya que El es camino para

el cristiano formar su propia conciencia individual y colectiva. Con esta pauta se trazan las líneas para inculturar el Evangelio en las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas, también en la moderna y en la urbana, lo mismo que en la educación y en la comunicación social. En resumen, para Santo Domingo, una Nueva Evangelización tiene como medio y fin, aunque parezca paradójico, la inculturación de la Iglesia, que sólo inculturada puede evangelizar las culturas, que es inculturar el Evangelio en ellas.

4. COMO SE REALIZA UNA IGLESIA INCULTURADA

A manera de conclusión del discurso anterior encontramos la solución a los interrogantes con que planteamos el problema de la inculturación de la Iglesia.

a) La problemática se plateaba de entrada cuando veíamos que la inculturación del Evangelio no se debía identificar con la inculturación de la Iglesia, pues los genitivos de las dos afirmaciones son distintos: en una es el Evangelio y en otra la Iglesia, en una es el mensaje y en otra el mensajero. La solución a esta aparente oposición parece clara, pues como vimos, en Santo Domingo *Jesucristo es Evangelizador* viviente en su Iglesia y así como, por ser El mensajero y para serlo, fue a la vez *Evangelio del Padre*, mensaje vivo que inicia y realiza en sí el Reino, de la misma manera la Iglesia, para ser mensajera o inculturar el Evangelio, ha de inculturarla en ella, o sea, inculturarse, lo que significa que para evangelizar ha de ser evangelizada.

b) La objeción a la inculturación, de plurificar a la Iglesia en diversas culturas y por lo mismo de atentar contra la unidad de la misma, se dilucida si recordamos que desde el Vaticano II se insistió en la Iglesia sacramento de comunión, nota que enfatizan Medellín, Puebla y Santo Domingo, porque precisamente la comunión "una diversidad y unidad", como advierte el II Sínodo Extraordinario de Obispos (1985) en su *Relatio finalis* (n.4) ya que la Iglesia por su presencia en el mundo entero, mediante la inculturación, asume en toda cultura lo que allí encuentra de positivo y que por lo tanto es

coherente con la fe cristiana única para todas las culturas. Y como allí mismo se puntualiza, dicha inculturación no es simple adaptación exterior, sino "ella significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas". Ya Santo Domingo nos recuerda que el Espíritu Santo crea en la unidad y en la diversidad la fuerza creadora de la nueva evangelización que es inculturada, como vimos. De ahí que la inculturación haga que el mismo Evangelio se plasme en diversas culturas, con lo cual la unidad en la diversidad se hace más admirable y más humana. Lo contrario sucedería si las culturas fueran destruidas para hacer una sola cultura de unidad de fe.

Precisamente la inculturación se dirige a salvaguardar la unidad de la Iglesia juntamente con el pluralismo de sus modos de expresar la fe cristiana. Si la evangelización construye la unidad e identidad esenciales de la Iglesia, mediante un mismo mensaje evangélico traducido en categorías de culturas particulares, como ya lo harían los mismos textos evangélicos, ello sin embargo no invalida el valor permanente de la manera de concebir la fe y la manera de vivirla, como lo hicieron los santos y como lo transmitieran los evangelizadores.

Peró como tal unidad no es "uniformidad", la inculturación reconcilia la unidad con la diversidad. Ya Pablo VI al comprobar en su alocución al colegio griego (mayo de 1977) que las Iglesias orientales con sus elaboraciones conceptuales y sus diversas formas concretas conciliaban la unidad con la diversidad, no duda en afirmar que la Iglesia "acoge un tal pluralismo como articulación de la unidad". O sea, la Iglesia, en cuanto organismo vivo, constituye su unidad, articulando la diversidad de sus órganos. Con esta analogía del organismo se entiende por qué y cómo la inculturación, tanto en la evangelización, como en la teología, en la predicación y en su disciplina interna, lejos de impedir la comunión con la Iglesia universal, haga que la unidad consista no en un sistema uniforme sino en una organicidad creciente. Ni más ni menos, la realización de la catolicidad.

La comunión, nota principal de la Iglesia enfatizada desde el Vaticano II hasta Santo Domingo, logra, mediante la inculturación, que la Iglesia universal se enriquezca con diversas tradiciones, lenguas

y culturas. Si bien dicha inculturación enriquece las culturas, a su vez la Iglesia inculturada se enriquece con la sabiduría humana de ellas, lo cual no sólo se consigue en la primera evangelización sino que se continúa con el intercambio mutuo que hace crecer tanto a la Iglesia como a las culturas. Así la fe inculturada crece viviéndose en diversidad de culturas y reformulándose o reexpresándose en variedades culturales cada vez más humanas y por tanto más cristianas.

Entendida así la inculturación como proceso de doble reflujo, del Evangelio para con las culturas y de éstas para con el Evangelio, es lo que significa "Iglesia inculturada", y que se formula en la encíclica *Slavorum Apostoli* (n.21) diciendo: "La inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y al mismo tiempo la introducción de éstas en la vida de la Iglesia". O como decía el mismo Papa en Cartagena (julio de 1986): "Como Cristo nos salvó encarnándose, haciéndose semejante a los hombres, la Iglesia cuando anuncia el Evangelio y los pueblos lo acogen en la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas". Donde se debe advertir que desde el mismo anuncio y su acogida, ya se muestra una Iglesia inculturada o encarnada en las culturas.

c) Las reflexiones precedentes nos aclaran la objeción contra la inculturación de la Iglesia que decía ella debería ser "neutra", no inculturada en una determinada cultura para que, como evangelizadora, pudiera inculturar el Evangelio en diversas culturas. Si esa objeción valiera, Jesucristo el primer evangelizador no se debería haber encarnado (inculturado) en la cultura judía y debería haber asumido una naturaleza humana genérica o abstracta. La misma historia de la Iglesia misionera, desde los primeros apóstoles hasta los modernos misioneros, confirma esa misma conducta que tuvo su Fundador. Para que la Iglesia evangelice a todos los pueblos debe hacerse, como diría Pablo, "toda a todos". Así se manifiesta mejor la virtualidad del germen que florece en diversos campos con variedad de colores.

d) Todavía mejor aparece la fecundidad del concepto "inculturación" aplicado al *testimonio*, pues si la Iglesia para evangelizar debe inculturarse, entendemos que debe vivir el Evangelio, y por tanto, el testimonio no es método táctico o condición extrínseca, sino exigencia intrínseca de la misma evangelización. Al respecto resultan muy iluminadoras las palabras de Pablo VI en *Evangelii*

Nuntiandi (n.41), cuando ponen como *primer medio de evangelización el testimonio de vida*, es decir, una Iglesia inculturada, que viva el Evangelio en la cultura. "Ante todo, y sin necesidad de repetir lo que ya hemos recordado antes, hay que subrayar esto: para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana... El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan -decíamos recientemente a un grupo de seglares- o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio' ...Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará el mundo...".

Aunque es obvio que en el texto Pablo VI no emplea la palabra inculturación, que sólo se oficializa en Juan Pablo II, sin embargo, la reflexión magisterial y teológica de los últimos años nos permite afirmar que el texto perdería todo su vigor si aquí "testimonio" no se entendiera como vivencia del Evangelio en las culturas, es decir, si la Iglesia evangelizadora no debiera ser ella misma inculturada. La razón es obvia, el testimonio opera como tal sólo si está expresado en la cultura del evangelizando. Es lo que significaron Puebla y Santo Domingo cuando afirmaron que debe ser evangelizada para poder evangelizar.

Por consiguiente, "inculturar" no es simplemente cambiar de lenguaje y gestos en la liturgia, en la teología y en la predicación. Se exige algo más vivencial como es la inserción del evangelizador en la cultura, la organización del apostolado en coherencia con la índole moderna y la misma configuración de la Iglesia, sin lesionar la misma forma dada por Cristo. Muchos requerimientos de los tiempos actuales, como el diálogo abierto como como lo pide la *Ecclesiam suam* de Pablo VI, el respeto a la dignidad de la persona humana, la autoridad ejercida como servicio y no dominación, la igualdad sin discriminaciones y sin confusiones de funciones y carismas. Todas estas y otras más, son aplicaciones del concepto de Iglesia inculturada necesaria condición para que inculture o evangelice.

e) A esta altura de nuestro discurso damos por descontado precisar el término "endoculturación", una vez que sabemos que una Iglesia inculturada es aquella que se ha formado o educado en una fe encarnada en las culturas y que avanza hacia una maduración en su fe vivida en cultura cada vez más humanizante. Sobra advertir que

en esa forma se amplían y aplican muchas de las notas de la eclesiología actual, que enunciamos antes, como Pueblo de Dios, sacramento de salvación etc. Toda la Iglesia, en cuanto inculturada, es Iglesia evangelizadora. De no ser así, el mensaje se transmitiría mecánicamente y no humanamente.

f) Finalmente, podemos concluir mostrando que la inculturación de la iglesia nos aclara la solución a esa falsa dicotomía entre teoría y praxis que tanto desconcierto dejó para muchos que veían a no pocos insistir en la ortodoxia divorciada de la práctica y a sus contrarios que enfatizaban la praxis como excluyente de la doctrina. La inculturación como la hemos expuesto, así esperamos, nos da la clave para conciliar teoría con praxis. De entrada recordemos que una teoría desvinculada de la práctica es inútil, como una práctica sin teoría es ciega.

Y precisamente porque insistimos en una Iglesia inculturada, que como tal incultura en sí misma el Evangelio, es el paradigma perfecto de la unión entre doctrina y práctica, entre teoría y acción y es la respuesta al drama de esa rupura entre fe y cultura que apuntaba Pablo VI. En efecto, viviendo el Evangelio en la cultura, encarna la doctrina encarnándola en las culturas: profesando la fe en el Dios-Padre revelado por Cristo muerto y resucitado para nuestra salvación se evangeliza el Reino de Dios realizado en los hijos que viven como hermanos obedientes como El hasta la cruz. En este contexto se hacen vida las notas de aquellas eclesiologías antes apuntadas: profética o comprometida con una liberación integral, martirial, pobre porque comprometida con los hermanos pobres, servidora, misionera, viva en comunidades dinámicas en unidad de espíritu y con diversidad de ministerios y carismas para anunciar a todos el Reino de Dios, un suma porque es fiel al llamado a la santidad, culmen de una Iglesia inculturada.

EN CONCLUSION

Iglesia inculturada es comunidad que vive su fe en Cristo, Evangelio del Padre, y por tanto, se identifica con El el hijo modelo que nos enseña el amor misericordioso con los hermanos "pobres",

entendidos ellos en sentido bíblico. Evangelizar es dar testimonio de Reino de Dios que se realiza haciendo de los hombres hijos de Dios que obedecen la voluntad del Padre, de vivir como hermanos. Inculturar el Evangelio es encarnarlo en nosotros, Iglesia, que vivimos esta concreta cultura. Una Iglesia así inculturada anuncia y celebra a Cristo, Evangelio del Padre y hace presente en todas las culturas al Reino de Dios. *Una Iglesia inculturada es el testimonio más creíble de que Cristo resucitó y vive hoy entre nosotros.*

Dirección del Autor:
Carrera 10 No. 65-48
SANTAFE DE BOGOTA, D.C.
COLOMBIA.

SUMÁRIO

Pode-se identificar ou confundir "inculturação do Evangelho" e "inculturação da Igreja", dado que os genitivos são distintos, o primeiro refere-se à mensagem e o segundo ao mensageiro? Será que o evangelizador, além de inculturar o Evangelho, deve ele também encarnar-se nas culturas a ser evangelizadas? Partindo-se da noção de cultura e evangelização em *Evangelii Nuntiandi*, Puebla e Santo Domingo e de uma eclesiologia integral se deduz que cabe ao evangelizador uma dupla tarefa: de um lado, inculturar o Evangelho e, de outro, endoculturar-se na cultura evangelizada. Uma Igreja evangelizada equivale a uma Igreja inculturada, pois só uma Igreja inculturada pode evangelizar as culturas. Objetivamente, a evangelização deve alcançar todas as manifestações da cultura, incluídas as instituições e estruturas com que se organiza a sociedade e, também, as ciências positivas, as artes e as tecnologias com que o homem transforma a natureza. Subjetivamente, se a evangelização não penetra em profundidade a interioridade da cultura, se não entra num processo de endoculturação, não passa de um "verniz superficial". Isso implica uma plurificação da Igreja nas diversas culturas, o que não atenta contra a unidade da mesma pois, dita inculturação, não é simples adaptação exterior, senão íntima transformação dos autênticos valores culturais por sua integração no cristianismo e a radicação do cristianismo nas diversas culturas.